

Con motivo del nombramiento de Andrés García Maldonado como “Hijo Predilecto de Alhama de Granada”, y la dedicatoria de una avenida en su ciudad natal, el sábado 10 de julio de 2010

El curioso niño impertinente

Por Antonio Ramos Espejo

Ya de niño, diríase que no quería ser niño de pantalón corto, porque ya, aceleradamente quería ser hombre con la sabiduría de su padre, don Inocente, y la serenidad de su madre, doña Mercedes. Andrés García Maldonado nace en Alhama, la ciudad que marcará sus pasos y por la que paseará sintiéndose un Conde de Tendilla por las calles de la nobleza, compadeciéndose del destino de los hijos de Muley Hacem, que aún seguían llorando el romance “Ay de mi Alhama”, sin haber tenido el placer de sumergirse por última vez en el baño sagrado de las aguas calientes, que brotan de las grutas profundas y misteriosas, que sostienen los cimientos de los tajos. Éstos, como columnas de Hércules, aseguran la grandeza de un pueblo, que es una joya de la naturaleza, y de su gente con la piel curtida por culturas ancestrales. Andrés pertenece a esa estirpe. Y quizá sea, ya desde niño, de los ciudadanos de esta ciudad, que ha tenido más claro el significado de ser alhameño.

Por eso, veo a Andrés, como ciudadano de Alhama que yo también lo soy, como el curioso niño impertinente, buscando sus orígenes en los surcos de los Maldonado, descubriendo secretos en las alacenas, escondido en el despacho de su padre mirando legajos, escrituras de la historia, intrigado ante los pergaminos carcomidos de viejos, sobre qué podía ser todo aquello, como si en ese cuarto se guardara algún secreto del Santo Grial. Luego saldría a respirar por la calle Alta abajo para jugar a las bolas y perderse por las llamadas calles bajas, o casco histórico, a detenerse en alguna piedra de las casas palaciegas, en el Hospital de la Reina, en el Silo, para entrar de tapadillo en la iglesia, con su piedad laica siempre latente, aprendida en una casa conservadora de esencias

católicas por la vía materna, mezcladas con el espíritu libre y republicano inyectado por don Inocente García Carrillo, nacido en el toledano pueblo de Yuncler de la Sagra. En el templo se fijaría en ese cuadro del tenebroso Cristo sin Cabeza, en el camarín de la Virgen de las Angustias y en la majestuosa mole del templo renacentista, que, con el tiempo, recrearía sus escritos con la descripción de esa y otras joyas arquitectónicas, herencia de la avanzadilla que representó Alhama para la conquista de Granada.

El curioso niño impertinente no cesa en su empeño de combinar los ratos pasados en el cuarto de los legajos o pensando en los misterios que podrían guardar esas cartas y telegramas, que llegaban o salían de la oficina de Correos, de la que su padre era el director. Allí estarían cerradas y lacradas, esperando llegar a sus destinos, epístolas de amor, avisos de muerte, secretos, que el niño imaginaba haberlas leído para pasarlas por su taller de poeta y dramaturgo. De ese universo de fantasía, el niño salía después a su otro hábitat natural, se iba metía en las tabernas de tertulias, cartas y dominó, por la esquina Espejo, el Andaluz, el Terraza o Moyano, donde aparte de tomarse su tubillo de cerveza con tapa de caramelo (bacalao con tomate), osaba ya alzar la voz sobre pensamientos republicanos, tan desafectos para el régimen. Luego se iba, se despistaba... Y tal vez se le podía encontrar contemplando el curso del río, oyendo el rumor del agua entre los molinos, escribiendo sus primeras prosas sobre la Ermita de los Ángeles y la fantástica historia del jinete que lo salva de la muerte al caer desde el tajo, gracias a que el caballo que montaba clavó las herraduras de sus patas sobre una gran roca. Leyendas que son milagros. Milagros que son leyendas.

Por aquellas alamedas, que en castizo son *alameas*, el niño probó por primera vez, arrimado a los corros de los mayores por el Ventorrillo Bernardo, el vino del terreno y el choto al ajillo, cuyos excelsos sabores tanto glosaría. Más allá de estos ríos y de esta sierra, por donde andaban los maquis y los costeños traían al pueblo las algarrobas, las naranjas y el pescado, Andrés supo mirar hacia el más allá aquel día que subió en pandilla hasta la Tacita de Plata y desde allí vio el mar, Frigiliana, Nerja, la Torre, el Rincón de la Victoria... Y se dijo, que ese horizonte marino, la línea que divide la realidad de los sueños, sería algún día objeto conquistado por su corazón.

Y así fue discurriendo su vida, hasta que se ve con el pantalón largo de los trece años, sin perder su condición de curioso impertinente, por las calles de Granada, sin abandonar las raíces, el amor por el pueblo que nunca abandonará. Huérfano ya de padre; responsable, estudioso y trabajador en el oficio de aprendiz de cartero. Sube a la Alhambra, recorre el Paseo de los Tristes, el Albaicín, la Cartuja, pasea horas empapándose de la ciudad. Un mañana despierta al oficio de periodista cuando ve en las páginas de *Ideal* su firma estampada en un artículo: “Alhama, la suspirada”. Es el año 1965, tiene diecisiete años y el curioso impertinente ha encontrado el camino, cuya hoja de ruta ya estaba marcada en la vocación de su padre.

Dos años más tarde, de la mano de José Luis de Mena, Andrés entra en la plantilla de redacción de *Sol de España* en 1967, año de su fundación. Entonces, yo estaba en Málaga, desorientado al salir de la mili, cuando recibo el aviso de que el periódico buscaba un redactor para hacer una página (la contraportada) de Torremolinos. Y así fue cómo de su mano me inicié formalmente en este oficio del periodismo. No podía tener mejor padrino, ni mejor paisano, ni mejor hermano de profesión.

Andrés es uno de los casos vivos del periodismo español que se formaron a la par entre las aulas universitarias, en las salas de redacción y en la calle. Después, haciendo honor a sus orígenes, Andres no dejaría de cultivar la historia. “Soy un historiador que se dedica al periodismo”, confiesa. El alhameño cultiva un periodismo de investigación histórica, centrado en su ciudad y en esas dos grandes provincias, Granada y Málaga, a las que dedica sus trabajos. A su doble condición de periodista e historiador, añade la de abogado. Con esos tres soportes se forja el profesional que hoy conocemos y en el que destacamos: su pasión por el periodismo y la historia, su participación en las causas ciudadanas, más allá de sus actividades estrictamente profesionales, su talento conciliador, independiente y democrático. Con esos valores representa, desde la presidencia de la Federación de las Asociaciones de la Prensa de Andalucía, a los periodistas andaluces. En unos momentos críticos, no podemos tener mejor guía para afrontar el futuro y la creación del Colegio de Periodistas, que este profesional que atesora una enorme capacidad de sacrificio y una capacidad desbordante para transmitir concordia y entusiasmo. Valores que el 24 de enero de 2010 le valieron sobradamente para que sus compañeros de la Asociación de

la Prensa de Granada, lo distinguíeramos con el premio a su trayectoria profesional, que lleva el nombre de Luis Seco de Lucena: el director de *El defensor de Granada* que alertó a las autoridades y a la opinión pública de la magnitud de la tragedia de los Terremotos de Alhama en 1884, cuya labor periodística y humanitaria, Andrés ha sabido difundir y mantener.

En este apresurado paseo por su vida, nos encontramos de nuevo con que aquel curioso niño impertinente, que ya hombre, su pueblo lo coloca en el pedestal de sus hijos predilectos. Andrés es, en nuestro tiempo, el gran amante que tiene la ciudad de Alhama. A partir de ahora, lucirá esa extraordinaria distinción. Este es un momento en el que aparecen los momentos más luminosas de su vida. Una vida que comparte con sus amigos, paisanos... con sus padres en la memoria, con sus hermanos, y, sobre todo, con los que se han unido a ese sueño realizado de unir estas dos orillas de Alhama y Málaga, en Mari Carmen, con sus dos hijos, y el nieto, que le otorga su condición de abuelo. Esas dos calles, rotuladas ya con el nombre de Andrés García Maldonado, en Rincón de la Victoria y Alhama de Granada, simbolizan un gran abrazo y dan fe de cómo un ciudadano entra en la historia por la fuerza del amor a su cuna de río y montañas; y a la cuna de sus descendientes, mecida por un mar con horizontes de esperanza.

Antonio Ramos Espejo

Periodista. Director de la Enciclopedia General de Andalucía.